

CAPITULO XIII

La agitación de los campesinos

Los campesinos a su vez se pusieron en movimiento, y su intervención hizo la revolución irrevocable, puso el sello decisivo a su triunfo.

La abstención de los campesinos hubiera causado desastrosos efectos; aparte de que los capitalistas hubieran hallado un punto de apoyo en los campos, de donde hubiera sacado hombres para combatir a los obreros de las ciudades y quizá para derrotarles.

La historia lo demuestra: no puede efectuarse revolución profunda y eficaz sin el concurso de los campesinos. El ejemplo de 1789-1793 es concluyente: la Jacquería, insurrección de los campesinos, implantó la revolución en el corazón de la nación, la realizó en las poblaciones rurales y desarraigó el antiguo régimen.

La burguesía lo sabía y, por lo mismo, no descuidó de fomentar la enemistad entre el

campesino y el obrero, disfrutando durante mucho tiempo del beneficio que le proporcionaban la desconfianza y el odio de los trabajadores del campo respecto de los obreros de las ciudades. Cuando las luchas entre el capital y el trabajo exigían el empleo de la fuerza pública, los reclutas del campo eran los mejores soldados para la defensa del privilegio. Para entretener vivo siempre el áspero rencor de los rurales, había popularizado en los campos la leyenda de los «repartidores», de los «rojos», siempre dispuestos a rebelarse y a atacar a los campesinos para quitarles la tierra.

Muchas circunstancias acabaron por destruir esa fatal preocupación: primeramente por la penetración de la industria en las regiones agrícolas, so pretexto de baratura de la mano de obra, comenzó a modificar la mentalidad de los campesinos. Después, por el establecimiento de relaciones más estrechas entre la ciudad y la aldea, facilitadas por el desarrollo de las comunicaciones, por los periódicos y por el aumento de la instrucción, y ultimamente por la vuelta al pueblo de los soldados licenciados que llegaban devastados, transformados por la acción del cuartel y a veces impregnados de ideas socialistas, que vulgarizaban en el país.

Si se agrega que los labradores se quejaban del malestar general, de las ventas, de los impuestos y de las hipotecas, se comprende que un día se despojara de la cizaña de odios y prevenciones contra los obreros industriales sembrada por los privilegiados.

La generalización de las cooperativas agrícolas adiestró a los campesinos en las prácticas de asociación y de solidaridad, que la burguesía tenía especial empeño en impedir. Muchas de esas cooperativas estaban en relación con las cooperativas de consumo de los centros industriales, y esto también contribuyó a su aproximación y concordia.

Mucho más fecunda fué la acción de los sindicatos campesinos afiliados a la Confederación General del Trabajo o que se constituyeron y se desarrollaron bajo su influencia. Esos sindicatos adoptaron y propagaron el ideal y la táctica de lucha de la Confederación, y cuando se vieron delegados campesinos en los congresos confederales se consideró el hecho como la demostración de haber llegado a ponerse de acuerdo obreros y campesinos.

Los viticultores del Mediodía y los leñadores del Centro fueron los primeros campesinos confederados; siguieron los labradores del Norte, los resineros de las Landas, los hortelanos de la región parisienne, y los trabajadores

agrícolas llegaron a formar una red de sindicatos que se extendió por toda la nación. Los parias de la tierra adquirieron personalidad; la asociación y la solidaridad les dió fuerza y confianza en el porvenir, porque se familiarizaron con la obra de emancipación y de toma de posesión de la tierra cuya esperanza acariciaban.

Debido a esa transformación, los campesinos de muchas regiones respondieron a la excitación a la huelga general, asociándose al movimiento con mayor ímpetu y entusiasmo que los obreros industriales, toda vez que no le interpretaron en el sentido estrecho de simple protesta contra los actos del gobierno. Reducir la huelga únicamente a una suspensión del trabajo les parecía insuficiente, y en lugar de limitarse a permanecer con los brazos cruzados, pensaron en actos positivos. Consideraron propicia la ocasión para realizar su principal aspiración, la liberación de la tierra. Vacilaron en un principio: querían obrar, pero temían quedarse solos. Los primeros síntomas de efervescencia revolucionaria les dieron audacia; desvanecieron sus vacilaciones y se levantaron para tomar la tierra. ¡La tierra! que para el campesino es la vida segura, la libertad conquistada.

La sacudida revolucionaria de la ciudad repercutió en el campo, estalló una nueva Jacquería.

En las llanuras del Norte, de Brie, de Beauce y en todas las comarcas en que el gran cultivo no dejaba una parcela al labrador, la revolución estalló con la expropiación de los grandes territorios. En los bosques del Centro, los leñadores, veteranos de la organización sindical y familiarizados hacía ya tiempo con el trabajo en común, expulsaron a los negociantes en madera y tomaron posesión de las tierras y de los bosques. En el Mediodía marcharon los viticultores, pero no, como en 1907, siguiendo a los propietarios, sino, al contrario, corriendo tras ellos.

Esta Jacquería fué acelerada por uno de esos pánicos de que en la historia se hallan ejemplos. Corrió la voz por las poblaciones rurales de que unas cuadrillas de bandoleros invadían los campos para repartirse las tierras. Fué una repetición del miedo cerval de 1789.

¿Qué causas produjeron esos rumores? Unos atribuyeron la responsabilidad a los reaccionarios, que pensaron irritar a los campesinos contra los obreros rebeldes; otros, a los revolucionarios, como medio para sacudir la apatía de las gentes del campo.

Las dos suposiciones son admisibles. Con

referencia a datos históricos, es indudable que en 1789, aristócratas y revolucionarios contribuyeron por igual a suscitar el pánico rural..., pero tan solo se aprovechó de él la revolución.

Cualquiera que fuera su origen, el resultado fué que los campesinos se sublevaron, se armaron, se reunieron, se coligaron.

En tal situación, no viendo aparecer en el horizonte los foragidos anunciados, sacudieron su pasividad y sufrieron a su vez el efecto del ambiente revolucionario; hicieron lo que en otras villas y aldeas se venía haciendo: descubrieron el verdadero foragido, el rico, el gran propietario, el Estado y sus sanguijuelas.

Y entonces, como sus abuelos de 1789, sintieron la ambición de la tierra. En poco tiempo se generalizó la toma en común de la posesión de la tierra: donde precedentemente existían sindicatos, la iniciativa procedía de ellos; donde no existían, los insurrectos se agrupaban y constituían sindicatos destinados a servir de núcleo para la nueva comunidad.

¿Qué podían hacer las autoridades locales contra la ola invasora y desbordante? El alcalde, los escasos funcionarios del Estado y los pocos privilegiados locales eran impotentes, ni en su mayoría tenían temperamento luchador, habituados como estaban a ser siempre defendidos. No quedaba, pues, fuerza resistente:

los pocos gendarmes del cantón carecían ya de ardor mercenario y hasta veían con agrado la rebeldía, y el ejército se disolvía y dispersaba visiblemente; muchos soldados volvían a sus pueblos, satisfechos por su liberación; muchos, huyendo del cuartel, llegaban con fusil y municiones, y, formando entre los revolucionarios, se distinguían por su fogosidad e iniciativa.

Frecuentemente los insurrectos de una villa eran un puñado de audaces; pero contaban con la aprobación tácita de la mayoría, y siempre, por su unión, eran superiores en número o en fuerza a los privilegiados, aislados y diseminados, y viviendo en un medio hostil. No faltaron burgueses, no obstante, que se negaron a aceptar los acontecimientos; orgullosos por su educación sportiva y considerándose fuertes y robustos, no quisieron emigrar y trataron de resistir; pero vivían demasiado en el recuerdo del pasado: confiaban en el prestigio de su decadente esplendor y en el respeto de que rutinariamente se les rodeaba.

Cuando se vieron abandonados, solos y entregados a sus propias fuerzas; cuando sus mismos criados se negaron a combatir a sus órdenes; cuando se vieron boicoteados y tratados como leprosos, hubieron de reconocer cuán poco pesaba su fuerza física en el momento en que se desvanecían sus privilegios.

Los revolucionarios no eran sanguinarios y atacaban menos a las personas que a las riquezas: sabían que, privados de ese medio de corrupción, los capitalistas más terribles quedaban reducidos a la impotencia. Hubo en diferentes circunstancias actos de violencia; se ejercieron venganzas; pero esos dramas fueron incidentes, no un sistema.

Entre todos los privilegiados, los más asustados, los más abrumados bajo el peso de los acontecimientos fueron los que, habiendo huído de París o de los centros industriales, se refugiaron en sus quintas de recreo. Allá se dirigieron en busca de calma y tranquilidad a esperar el fin de la tormenta; pero allí se hallaron envueltos en una situación tan tumultuosa e implacable como la de la ciudad. Los campesinos, despojados de todo respeto, hablándoles como iguales, les obligaron a abandonar aquellos territorios en cuya posesión fundaban su orgullo y sus rentas.

¡Abdicar la posesión de la tierra en favor de los que la cultivan!... ¡Eso es el fin del mundo! ¡Eso es más horrible que el Terror de 1793!...

Si la tierra que se les reclamaba con alta-nería se hubiera abierto bajo sus pies, no hubiera sido mayor su espanto.